

# Gallegos sí permanece

*Algunas razones de valor intrínseco y permanente en las novelas de Rómulo Gallegos explican el continuado interés que éstas despiertan en sus lectores venezolanos y extranjeros.*

La obra novelística de Gallegos permanece. Esto no lo tienen que decir los críticos. Lo han dicho, y lo continúan diciendo, los lectores; que al fin de cuentas son los que deciden de la vida o permanencia de los libros, no importante el juicio de aquellos críticos de antes o de después.

Ha corrido ya tiempo suficiente para que podamos comprobar esa permanencia. Este año se cumplen cuarenta de la aparición de *Doña Bárbara* (1929). Y veintiséis de la última de las novelas de tema venezolano: *Sobre la misma tierra* (1943).

En todo ese lapso las ediciones de las cinco más renombradas novelas de Gallegos se suceden con regularidad envidiable y —en su conjunto— no igualada, ni de lejos, por otros libros venezolanos de ficción. El caso de *Doña Bárbara* es, además, excepcional en lo que respecta a su traducción a muy diversas lenguas; incluidas —entre éstas— el árabe, el hebreo y otras. En reciente encuesta caraqueña los libreros han dado fe, espontáneamente, de la demanda regular que el público hace de tales novelas. Estos simples datos nos dicen bien que la obra de Gallegos está viva, permanece.

Creemos oportuno hacer algunas consideraciones respecto de ciertos valores generales de esas novelas y a los cuales atribuimos decisiva cualidad de permanencia y que por su misma naturaleza no están sujetos al vaivén caprichoso de tiempos, escuelas o tendencias literarias.

Sea conveniente situar antes a Gallegos y su obra dentro del lapso y cuadro de la literatura venezolana y concretamente en lo que respecta al desarrollo de la novelística. Este desarrollo cobra importancia —limitada a nuestro medio— al correr del presente siglo. Los aportes germinales del pasado, alguno bien encami-

**PEDRO PABLO BARNOLA, S. J.,** Director de la Academia de la Lengua, ex-Rector de la Universidad Católica Andrés Bello.

nado, se coronan en 1899 con la aparición de una novela de indudable importancia: *El Sargento Felipe*, de Gonzalo Picón Feres.

El nombre de Gallegos irrumpe con extraordinario vigor y singularidad —no obstante su anterior y bien conocida obra de cuentista y de novelista— con la ya citada *Doña Bárbara*, en 1929. A partir de esta fecha, y durante quince años, hasta 1943, corre el lapso de su más representativa actuación en nuestras letras.

¿Qué encontramos antes y qué encontramos después de Gallegos (y contemporáneamente a él) en el campo de nuestra novela?

Una mención rápida, pero sustancial, en respuesta a esas dos preguntas, ha de incluir necesariamente estos nombres: Rufino Blanco Fombona: *El hombre de hierro* (1907); J. R. Pocaterra: *Política feminista* (1913); L. M. Urbaneja Achelpohl: *En este país...* (1916); M. Díaz Rodríguez: *Peregrina* (1922); C. E. Villanueva: *La Charca* (1924); Teresa de la Parra: *Ifigenia* (1924). Esto, antes del Gallegos de *Doña Bárbara*.

**D**espués de *Doña Bárbara*, y contemporáneamente a las otras novelas o en algunos años subsiguientes: A. Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas* (1931); E. Bernardo Núñez: *Cubagua* (1931); R. Díaz Sánchez: *Mene* (1936), *Cumboto* (1950); Julián Padrón: *La Guaricha* (1934), *Madrugada* (1939); Guillermo Meneses: *Campeones* (1939), *El mestizo José Vargas* (1942); M. Otero Silva: *Fiebre* (1939), *Casas muertas* (1955).

Una y otra de estas enumeraciones no han pretendido, ni mucho menos, ser exhaustivas, ni en cuanto a autores ni en cuanto a los nombres de otras novelas de cada autor. Hemos procurado, eso sí, re-

cordar aquellas obras que más señalada figuración han alcanzado, aunque en diverso grado, en el proceso de nuestra novela.

El tiempo, gran depurador de las apreciaciones humanas e irrecusable fijador —a largo plazo— de cuanto tiene esencia de perennidad, calladamente va marcando el destino de las obras del ingenio humano. En el momento actual creemos que pueden fácilmente discernirse, entre todas las obras citadas en los dos grupos anteriores, unas ocho o diez cuyo relieve aparece como bastante positivo, al menos en el ámbito limitado de nuestra literatura. Pero en lo que respecta a una proyección más universal, los datos objetivos que podemos referir son los siguientes:

—Autores como Blanco Fombona y Díaz Rodríguez, uno y otro de gran personalidad literaria, aun contada su presencia y la publicación de sus obras en países extranjeros, sólo alcanzaron una temporal y relativa aceptación de sus mejores novelas en aquellos medios; y lo mismo les ha ocurrido en la propia Venezuela, donde dichas novelas son cada vez menos leídas, salvo por quienes hacen los estudios de letras. El gran público, el del común de los lectores, apenas busca esas obras. Ciertamente es—sin embargo— que *Peregrina* conserva aún —por su estilo y paisajismo— cierto explicable atractivo.

—Algo semejante puede decirse de *En este país...*, novela con la que por primera vez Venezuela alcanza un premio internacional. Esto ocurrió en Buenos Aires, en 1916. Se edita en Caracas en 1920. No obstante su importancia y significación, tampoco esta obra encuentra hoy gran acogida entre los lectores.

—Un caso temporalmente excepcional ocurre en 1924, cuando obtiene premio internacional, en París, Teresa de

la Parra con su novela **Ifigenia**, su primera experiencia literaria. La gran personalidad de esta escritora, el contenido desusado y llamativo de su libro y otras circunstancias contribuyeron por entonces a dar renombre internacional a Venezuela en el mundo de las letras. **Ifigenia** fue pronto traducida al francés. Todavía duraba el eco de este triunfo cuando en 1929 la escritora publica **Memorias de Mamá Blanca**, novela de valor literario y estético muy superior a la otra y uno de los libros más bellos de nuestra literatura. Hoy el interés de los lectores por **Ifigenia** va gradualmente en descenso.

—**Las lanzas coloradas**, novela histórica de la Independencia, fue un acierto de Uslar Pietri. Es libro bien leído y también traducido a varias lenguas. A casi cuarenta años de su aparición, sigue teniendo nuevos lectores. Algo parecido, en escala un poco menor, ocurre con **Cubagua**, de E. Bernardo Núñez, libro que sorprende por la adelantada novedad de su forma y estilo.

Los datos hasta aquí presentados nos señalan el grado de relativo desarrollo e importancia general alcanzado por nuestra novelística antes y después de Gallegos.

Mas, al aparecer **Doña Bárbara**, Venezuela sale casi repentinamente de su minoría de edad literaria en lo que respecta a la novela. Y desde entonces ha bastado el solo nombre de Gallegos, con aquella obra y las siguientes, para que aquí, como en todo el continente y en la literatura universal, ese nombre haya sido y siga siendo al presente, por antonomasia, el del novelista venezolano de indiscutido renombre. Estas no son frases de pueril o frívola complacencia; antes bien expresan objetivamente el pensar y el sentir manifiestos de la crítica, de las historias literarias americanas y, sobre todo, del común de los lectores, de cuya aceptación depende la vida de los libros, como lo han demostrado con los de Gallegos.

Cuando Gallegos entrega su **Doña Bárbara** es ya un escritor laborioso que ha forjado su pluma en una treintena de cuentos y en dos extensas novelas que para muchos habrían sido credencial de excelentes escritores. Gallegos es un escritor de su tiempo, de su hora, de la actualidad literaria del momento, y en actitud avizora de progreso, tanto en planteamientos como en estilo. Trae una manera personal de narrativa que no es ni sólo realismo ni exclusivo criollismo a la manera hasta en-

tonces en boga. Algo nuevo y distinto palpita en las páginas de **Doña Bárbara**. Y, sin embargo, toda clase de lectores dan igual acogida entusiástica a aquel libro y a los que luego le siguen. Tanto los viejos, acostumbrados a otra manera de novelar, como los coetáneos del autor, y la juventud que se iniciaba en las letras, todos demostraron vivo interés y agrado en su lectura. Y lo que entonces empezó así no ha hecho sino reafirmarse y continuarse en el correr de los años. Sin duda, el autor había acertado.

Muchas veces se ha buscado con especial empeño en las novelas de Gallegos el posible planteamiento de problemas de diverso orden: social, político, económico, etc. Indudablemente, allí hay campo para investigaciones y estudios de esa clase. (Magnífica, al respecto, la tesis de 400 páginas de Angel Damboriena, S. J.: **R. Gallegos y la problemática venezolana**.) Pero no debe jamás olvidarse —y se corre este peligro— que Gallegos no escribe tratados ni disertaciones de tales temas. Él tiene, su personal pensamiento filosófico y social de hombre preocupado por el destino de su país. Pero lo que ha escrito es, ante todo y esencialmente, obra literaria, obra de inventiva artística, en la que arte y literatura juegan el papel sustancial y ductor. Y a ese arte literario, a la expresión de su propio pensamiento e inventiva de novelista, quedan subordinados y en plano de importancia relativa todos los otros intereses no propiamente novelísticos.

Novela es obra de narración literaria, artística, con inventiva propia, que captive la atención y el interés del lector común, por la natural y vívida presentación de hechos y circunstancias de la vida humana. Cuando la novedad y realismo de esa presentación se hace con lenguaje expresivo y noble, y con ese arte no a todos concedido, de una naturalidad que en nada muestra la ardua labor de su composición, entonces el novelista tiene asegurado el acierto y la acogida de los lectores.

El novelista oscila entre dos graves escollos: el de la excesiva facilidad y naturalidad, o espontaneidad, en lo que cuenta y en cómo lo cuenta, y que no alcanza a ser obra de arte; y el del exceso y rebuscamiento en lo que cuenta y en cómo lo cuenta, y que cierra el acceso y la comprensión fácil y grata de los lectores, que no van a leer para pasar trabajos, sino para entretenerse cultamente. El sabio término medio es arte difícil, no reservado a todos los que escriben novelas. Por eso son tan pocos los verdaderos grandes novelistas. Y por eso, aun entre éstos mismos, no siempre logran igual tino en todas sus obras.

No busquemos sólo en los críticos, ni en los profesionales de las letras, la valuación verdadera de las buenas novelas. Sus autores las escribieron para el público lector. Y es éste quien con su fallo infa-

libre, ni premeditado ni arreglado, sino espontáneo y colectivo, va diciendo —al correr del tiempo— cuáles son las novelas que no pasan, que perviven en todo tiempo y circunstancias, y cuyas ediciones se suceden sin cesar porque siempre hay nuevos lectores que las buscan. De este fallo gozan, hace tiempo, varias novelas de Gallegos. El caso no es nuevo en nuestra propia América: para los críticos, **María**, de J. Isaacs, no pasa de ser una sencilla novela romántica. Pero he aquí que para el público, desde hace más de cien años, ha sido y sigue siendo lectura gratísima que agota por centenares las ediciones, no sólo en castellano, sino también vertida a muchas otras lenguas.

**A** Gallegos le debemos siempre, entre otros, los siguientes aciertos, que tienen carácter de permanencia en su obra:

a) Nos abrió los ojos a la contemplación en grande; al gozo de la tierra venezolana, con generosa amplitud geográfica. Nos la entregó viva y palpitante, no como mero paisaje de fondo, sino como entraña de la nacionalidad. El llano ilimitado y la selva atroz y tantas otras zonas de nuestra geografía encontraron en Gallegos el anunciador e intérprete que nos despertara la conciencia y el interés a los despreocupados moradores de la ciudad. Hemos sido testigos del comienzo de esa curiosidad —que hoy nos parece lo más natural y habitual— por ir a conocer la grandeza y variedad de la tierra nacional. Hubo quejas de quienes, desde tierra adentro, decían que Gallegos pintaba cosas muy bonitas, pero que la realidad no era tan poética y sí mucho más terrible y difícil. Ese fue el acierto del novelista: sin velar del todo el drama íntimo de cada región, suscitó con la magia de su narración el deseo de acercarse a saber la verdad.

Ningún autor nuestro logra, como Gallegos, abrir el horizonte con tanta ambición para el desarrollo de la trama novelística. No le tiene miedo al escenario grande donde, en perfecta adecuación íntima con la tierra, se desenvuelve el drama humano.

b) En Gallegos hay —sobra decirlo— un gran amor a Venezuela; amor que sabe contagiarnos. Por temperamento era él más bien introvertido; al menos, poco expansivo en el hablar. Estos temperamentos ahondan más en los afectos, y cuando los vuelcan lo hacen con gran intensidad. La expresiva e impresionante vibración de muchas frases suyas, que por su vigor y belleza sacuden al lector, no son efectismos de estilista satisfecho, sino síntesis de bien asimilado afecto a las cosas de la tierra patria.

c) Gallegos es un escritor laborioso, por indeciso y poco conforme con lo que

producía, siempre en afán de mejorarse y superarse. En un escritor así es muy elocuente el hecho de haber lanzado entre 1929 y 1943 (catorce años) seis novelas —tres de ellas en el lapso de cuatro años (**Cantaclaro**, 1934; **Canaima**, 1935; **Pobre negro**, 1937). Ello indica que no se dio a escribir como al acaso, o circunstancialmente, ahora una y luego otra novela. Ese ritmo de trabajo supone un plan, una perspectiva, de acción regular y constante. Acción proyectada con visión nacional, sobre el país y sus gentes, tierra adentro, por selvas y ríos, llanos y montes, en busca de las características humano-sociales y geográficas, que conforman la imagen múltiple de la nación. Todavía hoy, y quizás siempre, esas páginas acercarán a muchos al corazón de nuestra tierra.

e) Se ha dicho alguna vez, como lamentado, que muchos personajes galleguianos son "balas perdidas", extraviados sociales, guapetones mal orientados, que en su conjunto dan la impresión de lo negativo de nuestro pueblo.

Ante todo, es una verdad que tales tipos han existido en nuestro medio; y que se los presenta como producto de circunstancias de una realidad nacional que hay que apostrofar. En la etapa político-social que vivía Venezuela, destacar más bien otro tipo más sano de figuras habría fácilmente aparecido como la apología, o el indigno remedio de paños calientes, en un régimen inaceptable y causante precisamente de aquella proliferación de incivismo.

En cambio, cuando luego de la larga dictadura, el país entra en una nueva etapa de organización, enseguida Gallegos pone en acción a uno de sus más logrados personajes —y el mejor de los femeninos—, Remota Montiel, que es la contraparte positiva y valiente de la descarriada Doña Bárbara.

Y asimismo, ningún escritor nuestro ha logrado, como Gallegos, darle inmortalidad literaria y social, aceptada hace tiempo por el público, a no pocos de sus personajes, convertidos, al correr de los años, en símbolos de vivas realidades en la conciencia de los lectores. Doña Bárbara, Cantaclaro, Mujiquita, Pernaleta..., son ya nombres que, casi independientemente de su origen literario, conviven en el habla común por aquel acertado valor de símbolo con que fueron recibidos.

**G**allegos fue siempre un escritor serio, que tomó su labor con claro sentido de responsabilidad. No en vano era maestro. Esa responsabilidad la demostró en el gran respeto por el público que leería sus libros. No le iba a ofrecer sino obra hecha a plena conciencia; no por pasatiempo, ni menos por desahogo. (Esta última nota no pudo menos de malograr

—según los críticos— buena parte de las novelas de Blanco Fombona.) Pero la seriedad de Gallegos se afina, sobre todo, en el arte con que escribe. Si alguien, él ha escrito extraordinaria prosa en Venezuela. Es una prosa que difícilmente pasará. Sin artificio, correcta, rica, ágil y expresiva; modelo del buen decir, que a su hora sorprende a los lectores españoles. Nunca una frase pobre ni mal construida. Nunca empalaga, antes apasiona. Esa prosa corró "como la sabana venezolana", ha dicho Anderson Imbert. Bien prueba que había pasado por aquella gran escuela que fue "El Cojo Ilustrado", donde tanto se exigía por respeto al público.

Siempre se le leerá con agrado. Porque es un narrador que posee el don de hacerse interesante desde la primera frase, cuente lo que cuente. Quien escribe así, permanece; no está sujeto a tiempos ni a modas literarias. Cuando dialoga, describe o relata, todo lector saborea sin dificultad cada frase. Las cosas están dichas como lo más natural; pero como sólo Gallegos las sabe decir; con esa difícil facilidad del escritor de gran talla que domina bien el lenguaje y las formas literarias, sea que hable en culto, sea en el remedo del habla popular. Creemos que el gran secreto de la perenne actualidad de los libros de Gallegos está en el estilo de su estupenda prosa.

Pero no es eso sólo. Gallegos es nuestro novelista más equilibrado. Tiene el acierto de saber llegar al límite artístico y justo de las cosas. Sin pensarlo, subconscientemente, el lector normal, que es mayoría, asimila bien, con agrado, una lectura en la que no echa nada de menos —grato o ingrato, dramático o humorístico, bravío o apacible, según los casos— y que, sin embargo, tampoco excede ese límite indefinible pero real, propio del verdadero arte. Bastaría un punto de más, o un punto de menos, para que se perdiera aquel efecto artístico. ¡Qué terrible, p. e., el cuadro de "Juan el veguero", en **Cantaclaro**! ¡Mugre y miseria como para los pinceles de un Cristóbal Rojas! Y, sin embargo, qué arte en su límite exacto! Un paso más y el cuadro se pierde. Artista, escritor, que acierta en el equilibrio de su obra, asegura su perennidad. Un ejemplo ya proverbial, por contraste, viene siempre a la memoria: Cervantes y Avellaneda.

Ni resulta menos importante para el gusto de quien toma por primera vez en sus manos una de estas novelas de Gallegos encontrarse que desde la primera página, a veces desde la primera frase, ya la obra está en marcha, llena de vida y acción; y esa marcha jamás se detiene, no decae, antes cobra momento, y con ella va la atención devoradora del lector. Pero no es una atención frívola, de historieta o de suspenso barato, sino atención que se nutre de excelente sustancia novelística ofrecida en un estilo elevado sin afectación, ameno sin chocarrería y que en nin-

gún momento languidece. Y cuando se llega a la última página, el lector querría no tener que cerrar allí el libro.

**H**emos oído alguna vez referencias dudosas con respecto al valor universal de estas novelas de Gallegos. Hay varios hechos importantes que sólo han podido ocurrir supuesto un aprecio extra-venezolano, por la obra de nuestro novelista.

Cuando todavía no eran muchos los venezolanos que habían leído **Doña Bárbara**, fresca aún la primera edición de las prensas barcelonesas, el libro llama tanto la atención de los lectores españoles, que muy luego resulta aclamado y premiado, en septiembre de 1929, como el **mejor libro del mes**, por la importante Asociación de escritores de ese mismo nombre. Y el Jurado premiado lo componían escritores de tan reconocida importancia como Miró, Pérez de Ayala, Salaverría, Gómez Baquero, Azorín, Díez Canedo.

Es de notar que las circunstancias no eran las más favorables a Gallegos. Era un desconocido en España. Su libro no fue editado por ninguna empresa, sino simplemente impreso por cuenta del autor, quien corría con el riesgo si la edición no se vendía. Ni le era fácil contar con una previa labor de propaganda o de promoción al momento de publicarse la novela.

Algo de valor universal, que desbordaba el interés meramente nacional y venezolano, debieron encontrar aquellos lectores de España, cuando en forma tan espontánea y notoria proclamaron el mérito intrínseco de aquel libro.

De entonces acá, **Doña Bárbara** es quizás el libro venezolano más conocido internacionalmente. Y ninguno más traducido a tan diversas lenguas. Pudimos observar, a poco de ser traducido al inglés en los Estados Unidos, todo el inusitado interés con que el público lo leía, y luego lo comentaba con natural entusiasmo.

Las ediciones de ésta y de las otras novelas de Gallegos se suceden sin interrupción. Ninguna se queda olvidada en las librerías.

Cuando se hace síntesis limitadísima, por historiadores y críticos, de los más señalados novelistas cuyas obras ya han asegurado categoría de universales, es bien sabido que se nombra a Güiraldes, a Rivera y a Gallegos.

En el Tercer Congreso Internacional de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá en 1960, la asamblea plenaria, por unanimidad, aprobó el acuerdo de presentar el nombre de Gallegos como candidato para el Premio Nobel. Semejante acuerdo venía a ser el reconocimiento público y la ratificación, por altos representantes de todo el mundo de habla hispánica, del valor universal de la obra del novelista venezolano.